

Miradas

de la Semana Santa de Sevilla

FRANCISCO ROBLES JOSÉ ANTONIO ZAMORA

algaida

Primera edición: 2014

© Fotografías: José Antonio Zamora, 2014
© Textos: Francisco Robles, 2014
© De la edición: Algaida Editores, S. A., 2014
Avda. San Francisco Javier, 22, 4º 6. 41018. Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9877-968-4
Depósito legal: M. 5-2014
Impreso en España/Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización..

Índice

MIRADAS	9
EL GRAN PODER DE LA MIRADA	12
LA MIRADA DE LA AMARGURA	46
LA MIRADA DE LA BUENA MUERTE	66
LA MIRADA DE LA CONVERSIÓN	90
LA MIRADA DE LA ESPERANZA	112
LA MIRADA DE LA ESTRELLA	136
LA MIRADA DE LA PASIÓN	160
LA MIRADA DE LA VICTORIA	182
LA MIRADA DE TRIANA	204
LA MIRADA DEL CACHORRO	226
LA MIRADA DEL SILENCIO	248
LA MIRADA DEL VALLE	274
EPÍLOGO CON ESPÍRITU DE PRÓLOGO	298
ÍNDICE DE HERMANDADES	301

MIRADAS

En el principio fue la mirada. La luz vagaba en la soledad de la llanura atravesada por la lentitud del río. Antes de que la ciudad fuera, el agua ya acariciaba las orillas del cauce. Entonces saltó la chispa que le dio sentido a todo. Alguien miró aquel lugar y decidió que se convertiría en su espacio, en su sitio en el mundo. Aquella mirada primitiva se fue transmitiendo de generación en generación, hasta llegar a la luz nuestra de cada día.

Al llegar la primavera, los naranjos desnudan el aire cuando abren los botones del azahar. La vieja ciudad rejuvenece. Se vuelve esa niña que es capaz de oscurecer a la torre mayor que crece en la palma de su mano abierta. Mirada pura y limpia como la infancia. Es el secreto. El único método que se conoce para entrar en esta Jerusalén por la puerta sagrada de la inocencia. Quien no mire la Semana Santa con los ojos de un niño, estará condenado al peor de los castigos: nunca gozará de su hondura ni de su esplendor. Jamás.

Durante esos siete días del gozo, las miradas se cruzarán en los cruces de ese laberinto que conforma el mapa interior de la ciudad. Del pasado que vuelve, al presente que pasa. Del hombre, al niño que fue. Reflejos en el espejo sin azogue de la vida. Dios en los cristales del alma. Cirios que llevan el color de la tiniebla en el oro de la llama. Antifaces como clausuras que sólo dejan ver las almendras encendidas de los ojos. Pupilas que se clavan como alfileres en el muslo del deseo. Amor en cuerpo y alba.

Miradas

El hombre mira a Dios, y viceversa. Vírgenes con el iris líquido de tanto llorar por culpa de la emoción. No son miradas neutras, científicas, cartesianas, matemáticamente frías. Son miradas que se clavan por dentro, que rasgan la pantalla gris de la retina y llegan a lo más hondo de ese brocal sin fondo que llamamos espíritu. Son miradas que encienden el asombro que asombraba a los filósofos griegos. Lo dijo Borges desde la clarividencia de su ceguera: «He dicho asombro donde otros dicen solamente costumbre».

Heráclito se asoma al río para contemplar los reflejos que la belleza deja en el agua. Los ojos del puente son de un verde tirando a miel por culpa del sol que dora los tejados de Triana. El pensador llega a la conclusión definitiva. Nadie mira dos veces la misma imagen. Nadie es capaz de mirar dos veces al Cachorro de la misma manera, porque el hombre cambia mientras el Crucificado se detiene en la interminable agonía que se prolonga más allá del tránsito. Nadie mira dos veces al mismo nazareno, porque al año siguiente serán otros: el que espera en la calle, y el que pasa envuelto en la negrura anónima del ruán.

La Semana Santa es una forma de mirar el mundo. Y de asomarnos al espejo que todos llevamos dentro. Una manera de reconocernos en las imágenes que siguen mirándonos, que nunca dejan de clavar sus ojos en los nuestros. Nos acompañan, como una mano amorosa, desde que éramos niños. Buscamos algo inexplicable en medio del dolor que las traspasa. Y encontramos esa ternura que no cabe en los diccionarios ni en los tratados. Que nadie lo pregunte, porque la respuesta es un punto y aparte que no existe. Que nadie pierda el tiempo descifrando esta certeza que está amasada con la arcilla de la duda. Las imágenes nos miran. Nos reflejan. Porque estamos hechos a su imagen y semejanza.

El fotógrafo las caza al vuelo. Pero no es un entomólogo. No las quiere para clavarlas en el silencio frío de las categorías. El fotógrafo

Miradas

tiene su corazón. Y lo saca a la calle para encontrarse, también, con el niño que fue. Entonces aparecen esas formas del asombro que nos provocan el escalofrío cuando somos conscientes de nuestra inconsciencia, cuando nos dejamos llevar por ese río interior del llanto, cuando nos sentimos presos de esa libertad que tanto se parece a la plenitud. Luna llena en el cielo y en el pecho inflamado y adolescente de la ciudad. A vivir, que son siete días... y la Madrugada.

Durante ese tiempo, las plazas y las calles se llenan de miradas constantes y esporádicas, místicas y escépticas, creyentes y descreídas, almibaradas y amargas, dulces y derrotadas, altivas y humildes. Todas las miradas posibles e imposibles se proyectan sobre los que miran. Todos se miran. Incluidas las imágenes que poseen ese raro don del estar. Están ahí. Están. Son. Forman parte de una liturgia abierta. En la Semana Santa no hay público. Todos miran. Todos sienten la mirada del otro. Es la fiesta total. Es el rito sin ritual. Es la vida.

En Semana Santa se vive. Y nada más. La mirada es la forma más pura de vivir. No hacen falta las palabras ni los sintagmas, los verbos ni las corcheas. Mirar es escuchar el acorde del silencio. Todo es forma y color. Todo es la transparencia del aire que se cuela por los ojos. Una y otra vez. Como si no pasara el tiempo. Como si fuera posible conservar en el cofre de la ilusión la mirada del asombro, la mirada del niño. Y quien crea que todo esto puede ser una repetición que lleva al hastío, que se vaya a la playa. Entonces comprenderá que la Semana Santa es como una mujer hermosa. O como el mar. Porque uno no se cansa nunca de mirarla.

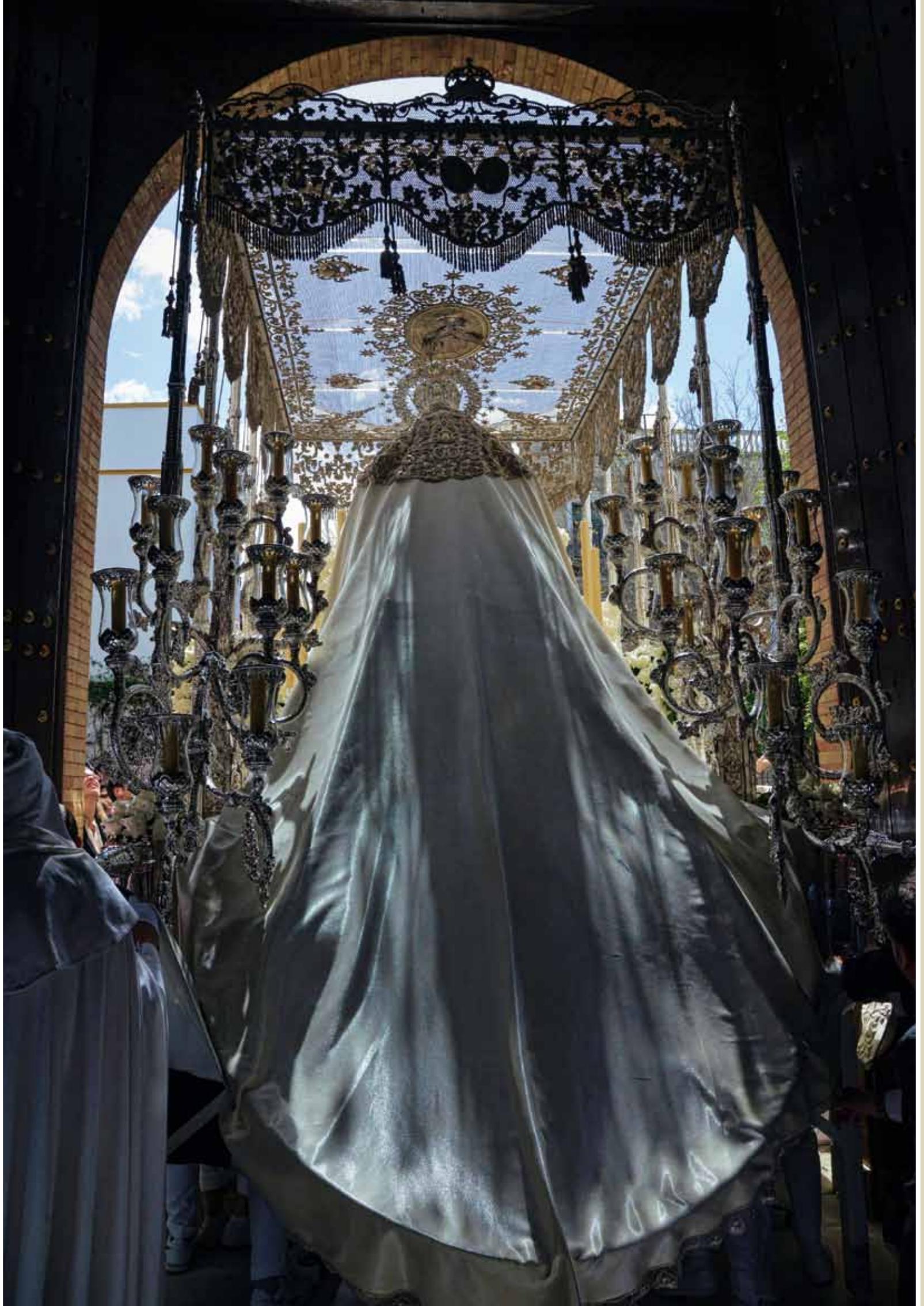


EL GRAN PODER DE LA MIRADA

Escribir sobre esa mirada es condenarse al fracaso. Imposible descifrar la ternura que se abre en esos ojos de almendra amarga. Imposible trazar la frase que defina la corona que se retuerce como sierpe que se anuda a su cráneo privilegiado: alfa y omega, principio y fin enroscados en una sucesión de tiempos que vencen al mismo tiempo. La mirada de este hombre recio y triste, de este Hijo al que la ciudad llama Padre, es el gran misterio del mundo. Si es algo más que una obra de arte, estamos salvados. Si no, el fracaso del escritor se extenderá a la humanidad entera. No hay medias tintas. Ni medias verónicas, aunque adelante su pierna como si le ofreciera la femoral a la luna en cuarto doliente que muge en la frente del toro definitivo que embiste con el alba. Calor de Dios o el frío acuchillado de la Madrugada que lo recibe con el témpano helado de la tiniebla. Todo o nada. Aquí está la Verdad con esa mayúscula que convierte a este hombre abatido en la gran esperanza de la ciudad. En el Jordán lo bautizaron como Jesús. Junto a la bruma del Guadalquivir, en el barrio de San Lorenzo donde nació el poeta de las golondrinas que vuelven cada primavera para arrancarle las espigas del dolor, se le conoce como el Señor.









Llueve la luz sobre el manto que recoge las aguas secas del Domingo. Se abre la Semana Santa como un pétalo de jazmín, como un sueño de azahar, como una verónica de nardo. Cae la luz y se filtra por la malla del palio para que Dios juegue al impresionismo. Renoir se suelta la mano, Cézanne fija las líneas maestras, Monet convierte el tejido en un estanque donde flotan los nenúfares de la sombra. Es un instante. Un paso más de los costaleros, y la composición habrá cambiado. El fotógrafo es un dios que dura un segundo. El momento preciso en que pulsa el botón de una flor que está a punto de nacer. Hágase la luz. Y dispara.

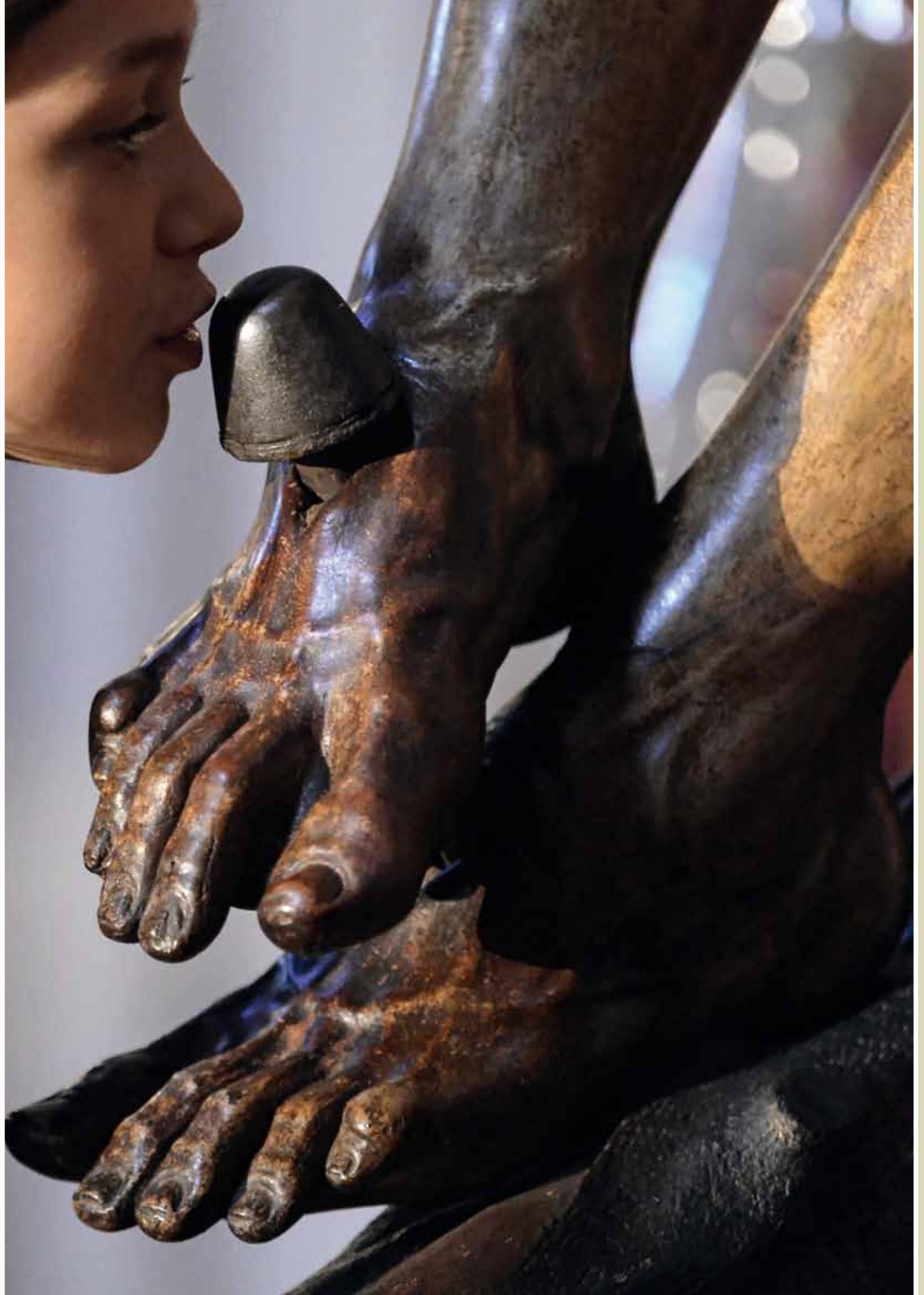


¿Dónde se quedó prendido el alfiler de la tiniebla? ¿En qué rincones se quedó arrumbada la noche que la perseguía, celosa de su luz, cuando salió de Triana? ¿Dónde se ha quedado el tizón apagado de esa Madrugada que le afiló el perfil con la luz poderosa de su candelería? Ahora todo el llanto y blancura. Aguas mansas de esta mañana de Viernes que le sirven para lavar el tocado de su Pureza. Entre el puñal y el ancla. Entre la luz del sol y el último rescoldo de la cera. Entre las dos orillas de una ciudad que se rinde a su embrujo. Es la alegría de un barrio que llega, río abajo, hasta las Indias. Universal como la belleza. Su nombre es un octosílabo perfecto: Esperanza de Triana.





«Hay besos que pronuncian por sí solos / la sentencia de amor condenatoria, / hay besos que se dan con la mirada, / hay besos que se dan con la memoria». Castillo Lastrucci talló los versos de Gabriela Mistral en esta escena de amor y escalofrío. Las miradas se clavan en ese instante que precede a la mayor traición que hayan visto los siglos. Los ojos no dan abasto para tanta profundidad, para tanto abismo. «Judas besa a Jesús y deja impresa / en su rostro de Dios, la felonía...». Ese beso duele más que una herida abierta a la eternidad de Getsemaní. «Desde entonces en los besos palpita / el amor, la traición y los dolores».





¿Dónde está el Amor? ¿En los pies crucificados del Cristo que lleva la advocación más rotunda de todas, o en los labios infantiles que se atreven a pasar el fielato del clavo, la dureza del metal, el martirio que nada tiene que ver con su mirada cándida del mundo? ¿Dónde está el Amor? ¿En esos pies que se fijan a la cruz para que muera envuelto en el pedernal del dolor, o en los brazos que abre para contener a la ciudad y al universo, al orbe y a la urbe? La pregunta es un signo curvo sin respuesta. Un silencio transparente une a los dos inocentes. El Amor es eso. Inocencia pura que disuelve los clavos con el calor de un beso.



LA MIRADA DE LA ESPERANZA

¿Quién le sacó las astillas de la pena al nudo que estrecha la garganta emocionada de la madera? ¿Quién se atrevió con esa asimetría que la convierte en mujer, en la Muchacha que cada Madrugada es capaz de ganarle el pulso a los relojes que se detienen a su paso? ¿Quién pudo concebir esa obra sobrehumana que sólo puede definirse con la paradoja de Pascal? ¿Quién supo leer en el aroma del cedro esas razones del corazón que la razón no entiende? ¿Quién que no fuera el mismo Dios cogió la gubia de la mañana, la luz de un atardecer imposible, el frescor de una noche de marzo, la luna doliente de abril, y convirtió un perfil en el reverso de la muerte? ¿Quién responderá a estas preguntas cuando la postrera sombra le clave el rejón de la tiniebla al último mediodía de la existencia? ¿Quién estará al otro lado de la cancela para mostrarnos esa mirada que disuelve el miedo y apaga los temores? ¿Quién escribió en esos ojos la única palabra que puede salvarnos cuando miramos la belleza inalcanzable de su rostro? ¿Quién le puso ese nombre? ¿Quién llamó Esperanza a la Macarena?





Liturgia de lo imposible. Mirada del engaño. Vemos lo que no puede suceder, la salida de un palio cortado por la tijera pétrea de la ojiva. La Virgen permanece en el mar oculto de su paso, en la sombra del templo donde se le rinde culto a toda la santidad: Omnium Sanctorum. Carmen Doloroso como la sensación que oprime los cuerpos oprimidos de los costaleros. ¿Por qué no se ensancha la puerta? Porque en ese caso todo sería falso. Porque la vida es así. Dificultosa. Opresora. Las formas aprietan, pero Dios no ahoga. El palio saldrá a la calle. Y los ojos se darán por vencidos. No han visto la verdad que el esfuerzo esconde.

ÍNDICE DE HERMANDADES

Hdad. de San Isidoro	Guardas	Hdad. de los Estudiantes	62
Hdad. de San Gonzalo	14	Hdad. de la Paz	64
Hdad. del Valle	16	Hdad. de la Amargura	68
Hdad. de los Servitas	19	Hdad. del Carmen Doloroso	71
Hdad. de la Lanzada	21	Hdad. de la Resurrección	72
Hdad. de Santa Genoveva	22-23	Hdad. de los Gitanos	75
Hdad. de San Gonzalo	25	Hdad. del Cachorro	79
Hdad. de Pasión	27	Hdad. de la Esperanza de Triana	81
Hdad. de la Paz	28	Hdad. de Jesús Despojado	83
Hdad. de la Resurrección	30	Hdad. de la Sagrada Cena	84
Hdad. de San Benito	32	Hdad. de San Bernardo	87
Hdad. de Montserrat	35	Hdad. de los Estudiantes	89
Hdad. de la Candelaria	37	Hdad. de San Isidoro	92
Hdad. de la Lanzada	39	Hdad. de la Amargura	95
Hdad. de los Negritos	40	Hdad. de la Amargura	96
Hdad. de la Soledad de San Lorenzo	43	Hdad. de Pasión	98-99
Hdad. de los Javieres	45	Hdad. de Monte-Sión	101
Hdad. de las Cigarreras	50	Hdad. del Gran Poder	103
Hdad. del Parque Alcosa	53	Hdad. del Beso de Judas	105
Hdad. del Cristo de Burgos	56-57	Hdad. del Amor	106
Hdad. de los Gitanos	59	Hdad. del Museo	108
Hdad. del Cerro del Águila	61	Hdad. del Baratillo	111

Hdad. del Carmen Doloroso	115	Hdad. de la Macarena	177
Hdad. de la Amargura	117	Hdad. del Santo Entierro	179
Hdad. de la Macarena	119	Hdad. del Baratillo	181
Hdad. de la Macarena	120	Hdad. de la Hiniesta	185
Hdad. de la Exaltación	124-125	Hdad. de Pino Montano	187
Hdad. de la Macarena	127	Hdad. del Baratillo	190-191
Hdad. de Pasión	128	Hdad. de Santa Cruz	193
Hdad. de la Carretería	131	Hdad. de Monte-Sión	194
Hdad. del Cristo de Burgos	133	Hdad. de la Sed	197
Hdad. del Polígono de San Pablo	135	Hdad. de la Amargura	198
Hdad. de la Resurrección	138	Hdad. de la Soledad de San Lorenzo	201
Hdad. de los Estudiantes	140	Hdad. del Sol	203
Hdad. de San Bernardo	143	Hdad. de la Estrella	206
Hdad. de la Carretería	144	Hdad. de la Macarena	210
Hdad. de la Estrella	148-149	Hdad. de la Resurrección	213
Hdad. de las Cigarreras	151	Hdad. de Santa Marta	214-215
Hdad. de la Resurrección	152	Hdad. del Gran Poder	217
Hdad. de San Bernardo	154	Hdad. de la Quinta Angustia	219
Hdad. de los Estudiantes	157	Hdad. de las Aguas	221
Hdad. de la Soledad de San Buenaventura	159	Hdad. del Buen Fin	223
Hdad. de la Sagrada Mortaja	163	Hdad. de San Roque	225
Hdad. de las Penas de San Vicente	165	Hdad. del Calvario	229
Hdad. del Calvario	167	Hdad. del Museo	231
Hdad. de la Amargura	169	Hdad. de la O	233
Hdad. del Dulce Nombre	170	Hdad. del Silencio	234
Hdad. del Amor	173	Hdad. de la Esperanza de Triana	236-237
Hdad. de San Gonzalo	174	Hdad. del Santo Entierro	239
		Hdad. de la Sagrada Cena	241

Hdad. del Valle	242	Hdad. del Silencio	270
Hdad. del Cachorro	244	Hdad. del Gran Poder	273
Hdad. de San Esteban	247	Hdad. de las Siete Palabras	277
Hdad. del Gran Poder	250	Hdad. de la Soledad de San Lorenzo	279
Hdad. de Pasión	252	Hdad. de los Panaderos	280
Hdad. de la Sagrada Mortaja	255	Hdad. de la Trinidad	282-283
Hdad. de la Paz	257	Hdad. de la Lanzada	285
Hdad. del Valle	258	Hdad. de las Aguas	287
Hdad. del Calvario	261	Hdad. de la Resurrección	289
Hdad. del Silencio	262	Hdad. de los Servitas	291
Hdad. de la O	265	Hdad. de la Sagrada Cena	292
Hdad. de la Esperanza de Triana	266	Hdad. de la Macarena	295
Hdad. de la Vera Cruz	269	Hdad. de la Macarena	299